

bre el cielo, y derrama suavísimo rocío, los segadores se refrescan y recobran las fuerzas y el aliento; alzan las miradas al cielo, y bendicen la hermosa y bienhechora nube que tanto alivio y consuelo les ha traído.

Bien está que la nube de que hablamos ha un instante, amortigué la viva y pura luz del sol divino que en ella mora; mas ¡no veis cuántos son, y cuán dulces los consuelos que derrama en nuestras almas, que sedientas y llenas de fatiga, se vuelven hacia Dios, y le dicen: Como tierra falta de agua, así por Ti estamos suspirando?... Enseñadnos á cumplir tu voluntad, pues Tú eres mi Dios. Tu Espíritu, infinitamente bueno, nos conducirá á la tierra de la rectitud y dicha eterna. [1]

Ved, pues, cómo aquella celestial paloma, al extender sus blancas alas, no sólo nos cubre bajo la sombra de su dulce amparo; sino también, nos va llevando por un camino de bendición y gloria. Que nunca nos llegue á abandonar ese Espíritu, infinitamente bueno, á quien clamamos como el polluelo de la golondrina; suspirando por su santo amor, como también suspira la paloma; y volviendo nuestros ojos á los cielos para implorar de continuo, su gran misericordia y su clemencia. (2)

CAPÍTULO XIII.

§ I.

LAS MISIONES.

Dios, que en otro tiempo habló á nuestros padres

(1) Ps. CXLII. 6, 10. [2] Isa. XXXIII. 14.

en diferentes ocasiones, y de muchas maneras, por los profetas; nos ha hablado últimamente en estos días, por medio de su Hijo. (1) Quisiéramos recordar estas palabras, comenzando la materia del presente capítulo. Ya escuchamos en el anterior, lo que nos dijeron las nociones, esas embajadoras de Dios, que venían preparando sus caminos; las que antes del advenimiento del Rey de los siglos, lo esperan con silencio respetuoso; y su hermosura grande y atractiva, sin embargo palidece al presentarse. Aquél Monarca, que es más hermoso que el sol, y sobrepaja todo el orden de las estrellas; y comparado con la luz le hace muchas ventajas. (2) Rey que llegando nos ha dicho: Yo el mismo que hablaba por los profetas, estoy presente. (3) Al oír estas palabras exclamamos llenos de contento: ¡Oh cuán hermosos son los pies de Aquél que sobre los montes de Israel anuncia y predica la paz! ¡del que anuncia la buena nueva, que pregona la salud y dice á Sion: Reinará luego el Dios tuyo.... Él rociará á muchas naciones: en su presencia estarán los reyes escuchando con silencio: á los que nada se había anunciado de Él por sus profetas, lo verán, y los que no habrán oído hablar de Él, lo contemplarán. (4)

Segun lo dicho, estamos en plena misión divina, por la cual entendemos la procesion de origen de una persona que sale de otra, con relación á un nuevo modo de existir en las criaturas. (5)

[1] Heb. I. 1. [2] Sap. VII. 29. [3] Isa. LII. 6. [4] Id. V. 7, 15. [5] Gonet. et Charmés.

La existencia de las misiones nos consta expresamente de los libros santos: El que me ha enviado, dijo Jesús á los judíos, está siempre conmigo y no me ha dejado solo. (1)

El Padre ha santificado al Hijo y lo ha enviado al mundo. Cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre, y que yo os enviaré de parte de mi Padre, Él dará testimonio de Mí. (2) En la plenitud de los tiempos, envió Dios, nos dijo San Pablo, á su Hijo, formado de una mujer, y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban debajo de la ley, y á fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Padre mio, Padre mio. (3)

Para que una persona divina sea enviada por otra, basta que proceda de ella, y tenga un nuevo modo de existir en las criaturas: todo lo cual hallamos en el Hijo y en el Espíritu Santo.

En la misión en general, descubrimos cierta procecion que puede verificarse, nos dice Santo Tomas, por imperio, por consejo, ó solamente por origen: ved al criado que cumple las órdenes de su amo; ó al consejero que indica al soberano las reglas y los medios de gobierno; ó ved, en fin, cómo las gayas y vistosas flores, brotan de los árboles.

Las misiones, pues, de que tratamos, son las de origen, que se relacionan con el nuevo modo de existir en las criaturas; así el Hijo fué enviado por su Padre

[1] Joann. VIII. 29. (2) Id. XV. 26. (3) Galat. IV. 4, 6.

al mundo, donde comenzó á estar por el misterio de su Encarnacion, y ántes de ella, estaba ya en el mundo. (1)

¿Qué personas pueden ser enviadas? Solamente el Hijo y el Espíritu Santo, pues sólo ellas proceden: el Hijo del Padre; y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo. El Padre no viene de nadie, y por nadie puede ser enviado.

Las misiones de que hablamos pueden ser visibles; y así fué la del Hijo de Dios, en el misterio de su Encarnacion. Lo que fué desde el principio, decia San Juan, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida: vida que se hizo patente, y así la vimos y damos de ella testimonio, y os evangelizamos esta vida eterna, la cual estaba en el Padre, y se dejó ver de nosotros. (2) Y la del Espíritu Divino que se dejó ver, ó bien bajo la forma de paloma en el bautismo del Señor, ó cual hermosa y cándida nube allá en la cumbre del Tabor, ó finalmente, como lenguas de fuego en el cenáculo.

La misión también puede ser invisible, y se verifica santificando las almas interiormente, ó por la gracia habitual, ó por la excitante. Y en efecto, el modo ordinario y comun por el cual Dios está en todas las criaturas, es por su inmensidad: su esencia, su poder, y su presencia; fuera de este modo comun, hay otro especial que conviene á la naturaleza racional, modo por el cual, decimos que Dios está en ella como lo que se ha conocido, en quien conoce, y lo amado en el a-

(1) 1. p. q. 43. a. 1. (2) Joann. I. 1, 2.

mante. De esta manera tenemos al Señor, invisible, ciertamente, y sin embargo presente, por la gracia; y la caridad; nos hace su templo, y mora en nosotros como en sagrado y divino santuario. (1)

Acabamos de decir cuál es el objeto de las misiones invisibles: la gracia y la caridad, pues solamente se realizan cuando Dios, de un modo nuevo y especial habita en nosotros, lo que sucede por la gracia y la caridad. Si alguno me ama, nos dice el Señor, será amado de mi Padre, y vendremos á él, y haremos mansion dentro de él. [2]

Por la mision invisible de las divinas personas, Dios está en el hombre y el hombre en Dios; y ved aquí una hermosa imágen que nos representa en algun modo, la circuminsesion, por la cual una persona divina está en la otra. [3]

Esas misiones son un verdadero paraíso de delicias, como decia la esposa; (4) pues Dios entonces está con nosotros; y Dios es caridad y quien permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él [5]. Dios es caridad, ¿qué cosa más hermosa? quien permanece en caridad permanece en Dios; ¿qué cosa más segura? y Dios en él, ¿qué cosa más alegre, y que inunde el alma en tan santo y dulce júbilo? [6]

Las misiones invisibles de las divinas personas, principalmente se encaminan á volver las criaturas racionales, á Dios nuestro Señor, como á su postrero fin, del cual se apartaron por el pecado; esa vuelta se verifica por la gracia y la caridad, que nos unen al Señor. [7]

(1) 1. p. q. 43. a. 3.-Billuart. (2) Joann. XIV. 23. (3) Gonet. (4) IV. 13. (5) I. Joann. IV. 16. (6) D. Bernard. Ap. Gonet. hic. (7) D. Th. 1, dist. 14. q. 2. a. 2. (8) I. p. q. 1. (1)

Y ¿cómo estas misiones se llevarían adelante, sin la gracia y la caridad, cuando en ellas se nos dan las mismas divinas personas? En efecto, la caridad de Dios nos dice San Pablo, se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. (1) Y Éste amable Espíritu, allá en Pentecostes, vino sobre los apóstoles no solamente por la gracia de su celestial visita y sus portentosas obras; sino tambien por la presencia misma, de su Majestad; haciendo que corriera por el pecho de aquellos dichosísimos discípulos de Jesucristo, no ya el olor, sino la sustancia del sagrado bálsamo. (2)

Después de esto ¿habrá quien no confiese que es santo, el templo de Dios; donde mora el Espíritu Divino? (3)

Pero contemplemos la razon de esas misiones para descubrir más y más quién es para nosotros el Señor, y cuánto le debemos.

El Padre envia á su Hijo; y el Padre y el Hijo, al Espíritu Santo. Y ¿sabeis por qué han sido enviadas estas divinas personas, el Hijo y el Espíritu Santo? Amó Dios de tal manera al mundo, que no paró hasta darle á su Hijo Unigénito; á fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino que vivan vida eterna. Pues no envió Dios su Hijo al mundo, para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve. (4) El Señor envió á su Hijo para evangelizar á los mansos y humildes, para curar á los de corazón contrito, y predicar la redencion á los esclavos, y la libertad á los que estaban encarcelados: para

(1) Rom. V. 5. (2) D. August. Serm. 186. de tempor. Ap. Gonet. (3) I. Cor. III. 16, 17. (4) Joann. III. 16, 17.

publicar el año de reconciliación con el Señor..... Para consolar á todos los que lloran: para cuidar á los de Sion que están llorando, y darles una corona de gloria, en lugar de la ceniza; el óleo de los días solemnes y alegres, en vez de luto; un lujoso ropaje en cambio de su espíritu de aflicción, y los que habitarán en ella, serán llamados los valientes en la justicia, plantío del Señor para su propia gloria. (1)

En cuanto al Espíritu Divino, ya San Pablo nos ha dicho: Porque vosotros sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo; y Este Espíritu, está dando testimonio de que somos hijos de Dios. Y siendo hijos somos también herederos. (2) Mas ¿cuál es el sello y la prenda de esta divina y celestial herencia? El mismo San Pablo nos dice que es el Espíritu Santo. (3)

El Hijo nos dice de Sí mismo: Yo vine para que tengais vida y la tengais en abundancia. (4) Y añadía: Yo soy el buen pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas..... Yo doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas, que no son de este aprisco: las cuales debo Yo recoger, y oirán mi voz, y de todo se hará un solo rebaño, y un solo pastor. Por eso mi Padre me ama; porque doy mi vida por mis ovejas..... Nadie me las quita sino que Yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla: Este es el mandamiento que recibí de mi Padre. (5)

Y ¿preguntaremos por último, cuáles son los designios del Espíritu del Señor, en las misiones con que nos

(1) Isa. LXI. 1, 3. (2) Galat. IV. 6-Rom. VIII. 16, 17. (3) Ephes. II. 13, 14.-II. Cor. I. 22-V. 5. (4) Joann. X. 10. (5) Joann. X. 11, 14-18.

visita tan divina y amorosamente, cuando sus frutos son, entre otros, la caridad, el gozo, la paz, la benignidad, la bondad y la longanimidad? (1) Este Espíritu Divino es todo bondad, es benéfico y amador de los hombres. [2] Procura nuestro bien y nos ama en tanto grado, que nuestros pecados, según el lenguaje de los libros santos, lo llegan á contristar; [3] y sin embargo, Él es el gozo eterno del Padre y del Hijo.....

¿Qué sentimientos no deben producir en nuestras almas, el inefable y soberano amor de las tres divinas personas en las misiones que el mundo recibe, y que también recibimos cada uno de nosotros? Isaac, en otro tiempo, salía al campo á meditar, (4) cual si su propia casa fuera estrecha, y no pudiese abarcar su corazón, al explayarse en los grandes pensamientos del divino amor, en que se ocupaba; y así también nosotros quisiéramos salir de nuestro propio seno, y derramar en Dios nuestros afectos. ¡Qué campo tan hermoso y dilatado se presenta á la vista, y se ofrece á nuestro amor! El Padre lleno de cariño y de ternura, nos da su mismo Hijo, nos da su mismo Espíritu: Toda dádiva y todo don perfecto es de lo alto, y descende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación.—Porque de su voluntad nos ha engendrado con la palabra de la verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus nuevas criaturas. (5)

No cambia el corazón del Padre, y en Él no cabe la menor mudanza: nos dió á su Hijo y á su amado y ce-

(1) Galat. V. 22. (2) Sap. I. 6-7, 22, 23. (3) Ephes. IV. 30. (4) Gen. XXIV. 63. (5) Jacob. I. 17, 18. D. Bonav. De Sep. Don Spirit. Sant. c. 1.

lestial Espíritu; preciosa dádiva, perfecto don: ¿por ventura, no es lo dicho, tener aprisionado nuestro corazón, en las más santas y hermosas cadenas, y echarnos al cuello los más sagrados lazos de la caridad? Con razón decía el Señor: Yo los atraje hácia Mí con vínculos propios de hombres, con vínculos de amor. (1) Mas ¿quién podrá decirnos cuánta es la dulce suavidad con que estos vínculos, atraen el corazón, y lo cautivan sin lastimar su libertad? Y tal vez hemos creído que nada más son, dos las cadenas que nos llevan al Señor, el Hijo y el Espíritu Santo; mas no es así, que también el Padre nos tiene encadenados y nos lleva al Hijo: Nadie puede venir á Mí, decía Jesús, si el Padre que me envió no le atrae. (2)

Ciertamente el Padre no es enviado, porque de nadie procede; mas Él mismo se nos da, y se comunica liberalmente á las criaturas; y habita en nosotros por la gracia, juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo. (3)

Un triple lazo difícilmente se rompe; (4) y nosotros lejos de romperlo, queremos cada vez, estar más y más estrechamente unidos con ese Dios amante que sin cesar nos va buscando á todas partes.

§ II.

Nuestras almas por la gracia se asemejan á Dios; y tal semejanza es necesaria con la divina persona que se nos envía por algun don de la misma gracia. Y

(1) Osee. XI. 4. (2) Joann. VI. 44. (3) D. Th. 1. p. q. 43. a. 4. Ad. primum. et secundum. (4) Ecles. IV. 12.

aunque todos los dones se atribuyen al Espíritu Santo, que tiene la razón de primero entre todos ellos; hay algunos, sin embargo, que se atribuyen al Hijo, y son los que pertenecen al entendimiento: por lo cual el Hijo se nos manda invisiblemente, cuando en particular lo conocemos, gustando en el alma la dulzura de un conocimiento, tan hermoso y amable. El Hijo es la palabra eterna del Padre; mas una palabra que está espirando amor. El Espíritu Santo es amor, y por esto el alma, se le asemeja por el don de la caridad según el que, conocemos la misión del mismo Espíritu. (1)

La misión del Hijo en cuanto al origen, se distingue de la del Espíritu Santo, como la generación de la procesion; mas comunican ambas, en la raíz de la gracia, y se distinguen en los efectos que son iluminar el entendimiento é inflamar la voluntad. Y una no puede estar sin la otra porque las dos se nos dan con la gracia santificante y una persona no se separa de la otra. (2)

Oigamos otras maravillas de las divinas misiones.

Dios nos provee á todos según nuestro modo de ser; y por esto nos eleva al conocimiento de las cosas invisibles por medio de las visibles. Se demuestra en sí mismo, en cierto modo, y nos descubre algun tanto, las procesiones eternas de las personas, por medio de las criaturas visibles; y aún de las que no se ven; pero que se hallan tan cerca de nosotros, como nuestra propia alma; vedlo sino, en nosotros mismos. El alma tiene

(1) D. Th. 1. p. q. 43. a. 5. Ad. primum. et secundum. (2) Ad. tertium.

un tesoro que la vuelve fecunda: todo lo que los sentidos le traen de fuera, lo reúne dentro de sí misma, guardándolo en la memoria la cual, enriquecida de bellas ideas produce la palabra interior que llamamos pensamiento, y que San Agustín llamó, el hijo del corazón; [1] y al producir esta bella imagen de las cosas que nos da la inteligencia, la contemplamos llenos de alegría, amando por lo mismo, aquella inteligencia de la que y la memoria, que produjo, nace el amor, en quien termina la operación del alma. Así, dice el gran Bossuet, del Padre que contempla sus propias riquezas, procede el Verbo que es su imagen; y de Este mismo Padre que es el tesoro inagotable de la divinidad, y del Hijo que es la inteligencia, procede el Espíritu Santo, término de la operación de Uno y Otro. [2]

En las criaturas visibles, inferiores al hombre, hallamos no la imagen, sino la huella de la Santísima Trinidad: [3] subsisten en sí mismas, tienen su forma que determina su propia belleza, y un orden, en fin, que las relaciona y armoniza con la primera causa: la unidad, la hermosura, y el orden; esto es; el número el peso y la medida: ¿quién al contemplarlas, no exclama: Por aquí pasó el Señor? ¿no veis su santa huella? ¿no descubris el poder, la inteligencia, y el amor de Dios, impreso en todas, como un sello que nos indica su divino Autor?

La huella demuestra el movimiento de alguno que pasa; mas no descubre quién sea, nos dice el Ángel de la Escuela, (3) y así, al pedir razón de Dios á las

(1) De Trinit. I. 11. c. 7. (2) Serm. de la Santis. Trinit. (3) D. August. De Trinit. VI. c. 10. [4] 1. p. q. 43. a. 7.

criaturas visibles, en vez de respondernos, preguntan de esta suerte: ¿Cuál es tu amado? (1) Es por tanto, indispensable, volver la vista sobre la imagen de Dios que está en nosotros, por si acaso podamos adquirir ideas más claras de sus divinas y adorables perfecciones. Mas es muy oscura esta imagen, y todavía se nos puede preguntar: ¿Dónde está tu Dios? Y el alma se entristece y llénase de amarga turbación. (2) ¿Queréis que terminen la tristeza y turbación? Pues antes es indispensable escuchar esta voz de inmenso júbilo: Salta de gozo y entona himnos de alabanza, casa de Sion: porque en medio de ti se halla el grande, el Santo de Israel. (3) Que aparezca el Unigénito de Dios; que el Espíritu Divino se deje ver, abrasando al mundo con las llamas de su ardiente fuego, y el mundo entónces saltará de gozo.

Ved, pues, nos dice el gran Santo Tomás, la razón de aquella soberana conveniencia que hallamos en la manifestación de las misiones invisibles de las divinas personas, por las criaturas visibles: nos dan el conocimiento, y nos llevan como de la mano hasta el mismo Dios. (4)

En las respectivas misiones del Hijo y del Espíritu Santo, notamos lo siguiente. Al Espíritu Santo, según que procede como amor, corresponde ser el don de santificación; mas al Hijo, como principio de Aquel Divino Espíritu, le conviene ser autor de esa misma santificación; y por esto el Verbo Divino tomó la naturaleza humana en unidad de persona; y no el Espíritu Santo; y ved la razón que hallamos en lo dicho. La

[1] Cant. V. 9. (2) Ps. XLI. 11, 12. (3) Isa. XII. 6. (4) 1. p. q. 43. a. 7.